

# Cada perro tiene su día *de Ramón Córdoba*

## Ejercicio de terapia literaria

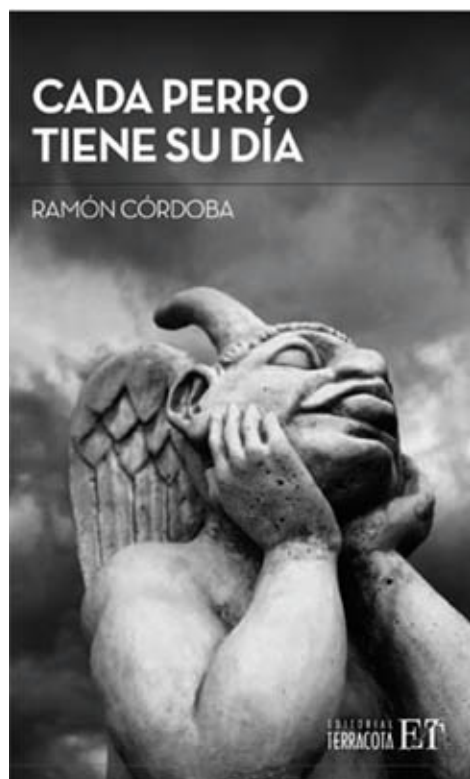
Rafael Luna Rosales

*Tan sólo quería matarla, no que sufriera.*  
Ramón Córdoba

Ya está a la venta en librerías la nueva novela de Ramón Córdoba, *Cada perro tiene su vida*, diario de campaña compuesto por textos que recrean los apuntes de las reflexiones y aventuras de un drogadicto, reconstruidos y leídos desde el palimpsesto y la abstinencia, mientras trabaja como albañil restaurando la azotea de su casa. Así, a la manera de *Rayuela*, cada lector puede revolver los textos, ordenarlos a su gusto—incluso reescribir la novela—sin que en su conjunto pierda la intensidad ni la sutil y amarga ironía con que el personaje relea su pasado.

Si ya desde su primera novela, *Ardores que matan (de ganas)* (Plaza y Janés, 2009), Ramón Córdoba hacía gala de una visión de mundo cínica y lúcida, en *Cada perro tiene su día* el humor se queda a un lado para dar lugar a un proceso de revisión y catarsis, representado en la alegoría de liberar su terraza de “recubrimientos imbéciles y decadentes” sin perder su “ingenua pedantería”, como decía Emmanuel Carballo.

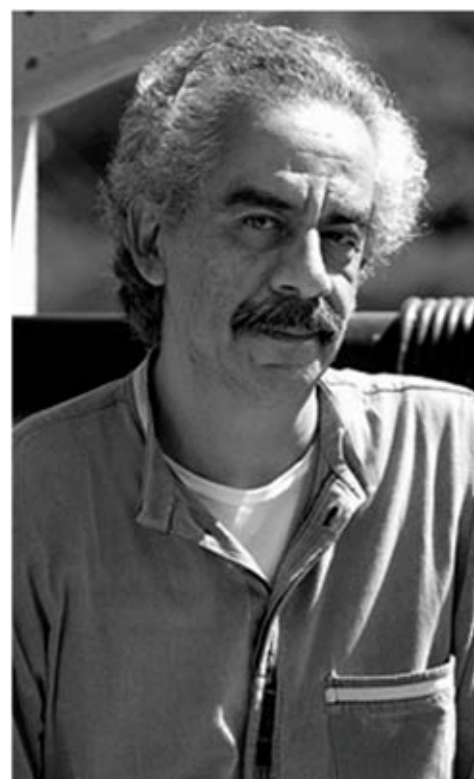
Y es que si de algo se vale Ramón Córdoba para construir su novela es de un divertido juego de intertextualidades en el que se asume, como decía Fuentes, heredero de tres mil años de literatura, a los que habría que sumar cien años de cine y cincuenta años de rock. Algunos son explícitos, como *Pulp Fiction*, *Scarface*, *Dirty Harry* o Lou Reed; otros, los que hay que encontrar, como a Wally, son más interesantes. Podemos comenzar por el *leit motiv* de la novela: William S. Burroughs describe *Naked Lunch* como las notas tomadas durante “la Enfermedad y el delirio”, brutales, obscenas y repugnantes por necesidad.



Así es *Cada perro tiene su día*; como *The Soft Machine*, es “una extensión matemática del álgebra de la necesidad más allá del virus de la droga”, la revisión del pasado adicto sin culpa, conmiseración ni falsos pudores.

Asimismo, esta novela dialoga de manera clara con *Bajo el puente*, la delirante novela de Teseo Fournier (Arte PoC Editorial, 2011). Ambas comparten esa sensación de estar en la vida como quien se mete sin pagar a un cine; en algún momento alguien les dirá que no pueden estar aquí, que se tienen que salir; la droga y el alcohol son esas puertas de salida que los regresan adentro; no hay salida, ni más allá; esto es todo lo que hay.

Y así, gracias al amor, encarnado en un ángel salvador, el personaje entra en un proceso de rehabilitación-resurrección que le permite elaborar esta revisión de su pasado, metaforizado en la tarea de liberar de escombros la azotea; así, en la medida en que transcurre el relato, se va sobreponien-



Ramón Córdoba

do a la resaca y al pavo frío, “con disciplina persistiendo, insistiendo, perseverando”, y desaparecen el impermeabilizante, el cemento, los alambres y la cal, hasta que queda el limpio enladrillado. Pero como dijo Benedetti, nadie se libra del mal; viene la lluvia, que encharca la azotea, y las irresistibles ganas de disparar diábolos a las palomas; habrá que barrer el agua encharcada para devolverle al enladrillado su aspecto fresco y limpio; sólo así estará preparado para el amor.

Publicado con el apoyo del Programa de Estímulo a la Producción de Libros (INBA, CONACULTA), *Cada perro tiene su día* es uno de esos libros que el lector ama u odia en la medida en que descubre caras de sí mismo que por sabidas, ignoradas u ocultas, no podemos soslayar: buen ejercicio de terapia literaria. **U**

Ramón Córdoba, *Cada perro tiene su día*, Editorial Terracota, México, 2013, 192 pp.